

El problema del poder en la obra de Michel Foucault y Norbert Elias¹

Enrique Guerra Manzo

CONTRA LAS INTERPRETACIONES METAFÍSICAS del poder —en donde se le ve como una cosa que se posee, y totalmente opuesta a la libertad—² Elias y Foucault elaboran, respectivamente, una concepción relacional e histórico-genética del mismo.³ Lo cual permite que entre ambos autores haya convergencias en varios aspectos. No obstante, desde mi punto de vista, la elección del punto de partida para definir al poder, las metodologías que emplean para su estudio, así como sus posturas valorativas ante los fenómenos del poder, les lleva también a algunas divergencias importantes.

El argumento principal del presente ensayo es que ambos autores avanzaron en el desarrollo de los cimientos de una teoría sobre el poder,

¹ Agradezco los valiosos comentarios del mtro. Nelson Minello a una versión preliminar de este ensayo.

² Desde Rousseau, ha predominado en Occidente una concepción metafísica del poder y la libertad en la que se argumenta que el hombre nace libre y el poder lo corrompe. La sociedad es vista como una población de individuos donde cada uno de éstos, además de tener una identidad personal que nadie puede poner en duda (es decir, que se da de antemano), es portador de intereses que busca hacer valer. Es a esa "voluntad" de hacer valer los intereses propios a la que puede aplicarse la libertad o la coacción. El poder puede ejercerse entonces para condicionar las decisiones de los individuos. Cuando no se aplica semejante coacción, se postula que el individuo es socialmente libre. Este tipo de interpretaciones del poder y la libertad, basadas en una noción del individuo como *homo clausus*, son combatidas tanto por el planteamiento de Elias como por el de Foucault. Para encontrar tres sugerentes balances donde se pone de manifiesto las ideas que han permeado a las teorías del poder, véanse Pizzorno (1995), Minello (1986) y Lukes (1975).

³ Esta afirmación difiere de Burkitt (1993:50-51), quien sostiene que mientras Elias logra vencer las concepciones metafísicas del poder, Foucault, en su recuperación de Nietzsche, se dirige hacia la metafísica.

aunque en direcciones distintas, en las que se le concibe de manera multidimensional y polimórfica. Así, cada uno privilegió en sus investigaciones diferentes aspectos de los problemas del poder: Foucault, concibiéndolo ante todo como una cuestión de gobierno entre al menos dos actores, profundiza en las formas de resistencia a través del enfrentamiento de las estrategias de que se valen aquellos; Elias, en cambio, interpretando al poder como una relación funcional de dependencia entre las partes involucradas, abunda en el estudio de las gradaciones y equilibrios de poder entre individuos y grupos. De aquí que ambos autores hayan elaborado dos programas de investigación, que constituyen dos sugerentes miradas sobre la sociedad, en las que subyace la premisa de que no se puede explicar ningún fenómeno social sin entender las relaciones de poder.

La estructura de este ensayo presenta el tratamiento del poder por parte de Foucault y de Elias, respectivamente, sobre los siguientes ejes: el lugar que ocupa en sus programas de investigación, la forma en que lo definen, el modo en que se ejerce, las relaciones entre libertad y poder, la manera de estudiarlo y su articulación con el surgimiento de los estados modernos y el proceso de individuación que caracteriza a las sociedades occidentales. Finalmente, se concluye con algunas reflexiones sobre los puntos de convergencia y divergencia de ambos autores.

1. Norbert Elias: el poder como una relación de interdependencia

Mediante una sociología figuracionista que concibe a las sociedades formadas por diferentes tejidos de personas interdependientes, ligadas entre sí en varios niveles y de varias maneras, y que considera a los individuos como seres humanos abiertos (*homines aperti*), dirigidos los unos hacia los otros en las configuraciones o figuraciones que producen al interactuar, Elias elabora un concepto relacional del poder que se aleja de las interpretaciones que tienden a reificarlo (tratándolo como una cosa que algunos hombres poseen en forma absoluta mientras que otros estarían completamente privados de la misma). Asimismo, su concepto se basa en el reconocimiento de la naturaleza polimorfa y multidimensional del poder (no tiene una sino varias fuentes). En sus palabras:

En realidad lo que llamamos "poder" es un aspecto de una relación, de cada una de las relaciones humanas. El poder tiene algo que ver con el hecho de que existen grupos o individuos que pueden retener o monopolizar aquello que otros necesitan, como por ejemplo, comida, amor, sentido o protección frente a ataques (es decir, seguridad), así como conocimiento

u otras cosas. Y, cuanto mayores son las necesidades de éstos últimos, mayor es la proporción de poder que detentan los primeros [No obstante, aquellos] poseen generalmente algo de lo que carecen, y que a su vez necesitan, los que monopolizan lo que otros necesitan. Pero si se exceptúan los casos marginales, siempre se producen equilibrios de poder, proporciones de poder más o menos similares, aunque sean poderes diferentes (Elias, 53-54).

En la anterior cita se revelan ya algunos aspectos del concepto de poder en el que Elias abunda —con mayor profundidad que Foucault— y coloca su propio punto de partida para analizarlo: los cambiantes equilibrios y los grados de poder que se producen entre los actores participantes, mismos que sólo se pueden dilucidar al comprender el funcionamiento y la evolución de las configuraciones sociales. En este sentido, Elias considera que el empleo de los modelos de juego sirven para hacer accesibles a la reflexión científica diversos problemas de la vida social, entre ellos el problema del poder. Este con frecuencia ha sido olvidado en el trabajo intelectual. Ello obedece, en gran medida, a que los fenómenos sociales a los que alude el concepto de poder son de enorme complejidad. Se suele simplificar el problema presentando una sola de las fuentes del poder de que disponen los hombres, como la forma militar o la económica, como la fuente a la que puede reducirse todo recurso posible de ejercer el poder. Procediendo así, afirma Elias, se oscurece el problema: “Las dificultades conceptuales que se plantean cuando se trata el problema del poder descansan en el *carácter polimórfico de las fuentes del poder*” (1982a:108-109). No obstante, al igual que en Foucault, el objetivo de Elias no es tanto solucionar el problema del poder como “rescatarlo de su sumergimiento y abrir una vía para su estudio, dado que es uno de los problemas centrales de la sociología” (*ibidem*:109).⁴

Así, agrega, los problemas del poder sólo pueden aproximarse a una solución si se le entiende como una característica estructural de todas las relaciones humanas:

“Nosotros dependemos de otros, otros dependen de nosotros[...] siendo indiferente que nos hayamos hecho dependientes de ellos a causa de la pura violencia o por nuestro amor o por nuestra necesidad de ser ama-

⁴ En efecto, similarmente a Foucault, como se verá posteriormente, más que elaborar una teoría del poder Elias busca destacar la importancia de éste para comprender los fenómenos sociales y trabaja en el desarrollo de algunos instrumentos que sirvan para investigarlo. Haber reparado en la importancia del poder y su naturaleza relacional, tal vez sea una de las mejores muestras de la agudeza intelectual de ambos autores.

dos[...] sea como fuere, en una relación directa entre dos personas, la relación de A hacia B es siempre la relación de B hacia A" (*ibidem*:87 y 109-110).

Por tanto, para Elias, el poder es una relación de mutua dependencia entre las partes.

Ahora bien, en la red de interdependencias en que se encuentran los seres humanos, se suscita siempre una jerarquía de poderes con base en recursos (militares, económicos o culturales), o a una función (en la burocracia, el mercado, el gobierno) que un individuo o grupo tiene y que llega a ser importante. Pero esta importancia sólo halla su significado en el seno de la configuración social que se estudia, y únicamente puede comprenderse en el contexto de los patrones cambiantes de los balances de poderes entre los diferentes grupos sociales. Los equilibrios fluctuantes de poder constituyen un elemento integral de las relaciones humanas. Por lo cual, debe tenerse en cuenta que "todos los equilibrios de poder como todas las relaciones, son como mínimo fenómenos bipolares y en la mayoría de los casos fenómenos multipolares" (*ibidem*:87).⁵

El concepto de configuración social⁶ sirve a Elias para expresar que los individuos están siempre limitados entre sí por un tenso equilibrio de interdependencias y balances de poderes, unas veces como aliados y

⁵ De esa forma, Elias supera tanto la concepción del poder weberiana —todavía anclada en la noción del individuo como *homo clausus*— como la marxiana: basada en la monopolización de una de las fuentes del poder, la de los medios de producción. Con respecto a Weber, Elias señala: "La manera en que Weber aborda la teoría sociológica, atomista e idealizadora a un tiempo, fue también uno de los motivos por los que, a pesar de su agudeza para captar las relaciones de poder en la práctica social, aportara poca cosa al problema del poder desde el punto de vista teórico [pues] los problemas del poder son problemas de relación e interdependencia" (1995:174-175). Y con respecto a Marx, si bien Elias le reconoce el mérito de haber reparado en que la monopolización de los medios de producción en la relación entre trabajadores y empresarios constituía una fuente de poder para éstos, no obstante, la visión de Marx y de la mayoría de sus seguidores "quedó fijada hasta tal punto en esta forma de las fuentes y las diferencias de poder surgidas de dicha monopolización, que no fueron capaces de exponer una teoría explícita y más global del poder" (*ibidem*: 175-176).

⁶ Lo que Elias entiende con ese concepto es "el modelo cambiante que constituyen los jugadores como totalidad, esto es, no sólo con su intelecto, sino con toda su persona, con todo su hacer y todas sus omisiones en sus relaciones mutuas. Como se ve, esta figuración constituye un tejido de tensiones. La interdependencia de los jugadores, que es la premisa para que constituyan entre sí una figuración específica, es no sólo su interdependencia como aliados sino también como adversarios. Se reconoce mejor el carácter de una figuración como tejido de juego en el que puede existir una jerarquía de varias relaciones 'yo' y 'él' o 'nosotros' y 'ellos', si se piensa en un partido de fútbol" (1982a:157).

otras como oponentes. Asimismo, le permite explicar las gradaciones o cuotas de poder entre los individuos y grupos que se localizan en el entramado social. Mediante el empleo de modelos de juego,⁷ Elias considera que es posible dilucidar el modo en que los participantes en una relación de poder limitan, con sus jugadas y estrategias, los movimientos de otros participantes, acotando su poder (cambiante) mientras incrementan el suyo.

Por tanto, para Elias siempre deben destacarse los aspectos configuracionales del poder de un individuo o grupo. Sólo de esa manera se puede entender el carácter polimorfo del poder y su relación con la libertad.

En efecto, el poder a la vez que es restrictivo (limita las acciones de los otros), es creativo, permite siempre un margen de acciones. De este modo, libertad y poder están íntimamente relacionados: cuando se habla de la libertad de la gente para determinar sus propias acciones, necesariamente se habla de su poder para hacer eso. La medida en que predomina una u otra es una cuestión empírica.

Por ejemplo, en *La sociedad cortesana* (1982b), Elias critica las concepciones metafísicas de los historiadores que dirigen su atención hacia los individuos como entes cerrados, como marco primario de referencia del proceso histórico, lo cual se hace suponiendo que con ello se

⁷ En la medida que la sociología aparece como una ciencia a la caza de su objeto de estudio (el cual se supone que es la sociedad, pero no está claro lo que debe entenderse por ésta), lo que en parte se deriva de que el material verbal y los instrumentos conceptuales aportados por el lenguaje para la determinación e investigación de tal objeto, no son lo suficientemente flexibles para poder desenvolverse sin dificultades de comunicación y de adecuación a tal objeto. Por lo cual, según Elias, se justifica el empleo de modelos de juego, como modelos pedagógicos que faciliten la imaginación sociológica: “el uso de la imagen de personas jugando un juego entre sí como metáfora de las que forman entre sí(en) una sociedad, facilita la tarea de repensar las imágenes estáticas que son consustanciales a la mayoría de los conceptos que se emplean habitualmente en este contexto y de llegar a las imágenes mucho más dinámicas que se necesitan para abordar con mejores pertrechos conceptuales las tareas que se presentan a la sociología. Basta comparar las posibilidades representativas de conceptos estáticos como ‘individuo’ y ‘sociedad’ o ‘ego’ y ‘sistema’ con las que se abre el uso metafórico de las diversas imágenes de jugadores y juegos para comprender la flexibilización de la capacidad imaginativa que estos modelos aportan” (1982:108). Por ejemplo, Elias ataca explícitamente la teoría de Parsons, particularmente la que aparece en sus obras de 1963a y 1963b: “las categorías fundamentales elegidas por Parsons me parecen extraordinariamente arbitrarias. Tras ellas se encuentra, tácita y falta de comprobación, la idea, que a menudo se presenta como indiscutible, de que la tarea de toda teoría científica es reducir conceptualmente todo lo mutable a algo inmutable y simplificar todas las manifestaciones complejas por medio de la descomposición de sus partes componentes” (1989:15).

está apoyando la libertad del individuo, a la vez que el esfuerzo del sociólogo por iluminar las relaciones sociales les parece una negación de la libertad. Al pensar así, considera Elias, los problemas científicos se hacen más insolubles. Contra estas concepciones metafísico-filosóficas de la libertad y la determinación, Elias sugiere comenzar con aquello que puede observarse efectivamente: múltiples hombres con mayor o menor grado de dependencias recíprocas y, al mismo tiempo, más o menos autónomos (que se gobiernan a sí mismos en sus interacciones). “Mientras un hombre vive y está sano posee, aunque sea prisionero o esclavo, una cierta autonomía, un campo de acción dentro del cual puede y debe tomar decisiones”. Por tanto, una discusión científica sobre la autonomía (la libertad) y las dependencias relativas (el poder) entre los hombres debe empezar estableciendo que la

[...] estructura de las interdependencias que vinculan a los individuos mutuamente es, en el caso de cada hombre individual, así como para grupos enteros de hombres, accesible a una progresiva investigación empírica. Tal estudio puede llegar a resultados susceptibles de presentarse bajo la forma de un modelo de interdependencias, de un modelo de configuración. Sólo mediante éstos se puede comprobar el campo de decisiones de un individuo concreto dentro de sus cadenas de interdependencia, el ámbito de su autonomía y la estrategia individual para el manejo de su conducta y aproximarse a su explicación (1982b:47-48).

Este es, pues, el punto de partida en el que para Elias se debe insertar la discusión sobre libertad y poder. Como se verá enseguida, Foucault sostiene una visión similar sobre ambos conceptos, aunque remite menos profundamente que la de Elias a los entramados sociales —éste no elabora modelos funcionales y evolutivos en forma tan sistemática como lo hace Elias, sino que prefiere la combinación tanto de un enfoque genealógico como uno épocal, alusivos al problema que tiene en mente en un momento dado.⁸

2. Michel Foucault: el poder como el arte de gobernar

La manera en que Foucault se encuentra con el poder es ocupándose del sujeto.⁹ De esta forma, más que proponerse una teoría del poder se ve

⁸ Como ha señalado uno de sus críticos, no hay en Foucault una articulación clara de los dos enfoques y mientras el primero es más sólido, el segundo se muestra muy débil (Donnelly, 1995:196-197). Más adelante volveré sobre este aspecto.

⁹ Hay en Foucault dos significados de la palabra sujeto: sometido a otro a través

enfrentado a la necesidad de definirlo y a explicar cómo se ejerce, así como a explorar el modo más adecuado de estudiarlo.¹⁰ La ruta que a Foucault le parece más fructífera para estudiar al poder, los desafíos del presente, y que implica más relaciones entre la teoría y la práctica, es considerar “las formas de resistencia contra los diferentes tipos de poder a través del enfrentamiento de las estrategias” (1984:49-50).¹¹ La elección de este punto de partida difiere del planteamiento de Norbert Elias. No es que éste no vea el problema de las resistencias, de hecho es muy consciente de ello —su tratamiento del poder como un proceso de equilibrios cambiantes no puede explicarse sin el dinamismo que le imprimen las continuas luchas de poder entre los diferentes jugadores que conforman un tejido social—, pero no lo elige como el punto de partida para el análisis del poder.

Para definir al poder, Foucault considera más conveniente iniciar preguntándose cómo se ejerce. Ello implica descartar que el poder exis-

del control y la dependencia, y sujeto atado a su propia identidad por la conciencia o el conocimiento de sí mismo. Ambos significados sugieren una forma de poder que subyuga y somete (1988:231).

¹⁰ En efecto, Foucault aclaró a fines de la década de 1970 que más que haberse propuesto una teoría del poder, en los últimos veinte años, su trabajo giró sobre la historia de las diferentes formas de subjetivación del ser humano en nuestra cultura, principalmente de los tres modos de objetivación que los transforman en sujetos: los modos de investigación o saber que se autocalifican de ciencias; las prácticas divisorias (por ejemplo, el loco y el cuerdo, el enfermo y el sano); el modo en que un ser humano se convierte a sí mismo en sujeto (para ello eligió el dominio de la sexualidad). Así, Foucault se da cuenta de que mientras el sujeto está inmerso en relaciones de producción y de significación, también se encuentra atrapado en relaciones de poder muy complejas. No obstante, percibe que para este último campo no se disponía de suficientes herramientas para su estudio. De ahí que él mismo empiece a generarlas (1988:228).

¹¹ De esta manera, Foucault ve en términos generales tres tipos de luchas, las que se oponen a la forma de dominación, las que denuncian los modos de explotación y las que combaten todo lo que ata al individuo. Todas ellas se mezclan y se suceden históricamente, la más importante hoy es la última: por ello es preciso “fomentar nuevas formas de subjetividad mediante el rechazo del tipo de individualidad que se nos ha impuesto durante siglos” (1988:231 y 234-235). Foucault localiza genealógicamente las huellas de este tipo de individualidad remontándose a la antigüedad grecolatina, donde encuentra las técnicas pastorales responsables en gran parte del individuo que hoy conoce Occidente (1989:154). Elias, por su parte, como se verá posteriormente, si bien es consciente de que uno de los rasgos universales de toda sociedad es la tendencia al autocontrol de los grupos e individuos que la conforman, de tal modo que ello permita garantizar su sobrevivencia, a lo cual llama proceso civilizatorio, se concentra más en el estudio de su emergencia a partir de la Edad Media, a principios del siglo xi. No obstante, ya en este punto aparece una diferencia central entre ambos autores: Foucault destaca las luchas y resistencias contra el poder de manera más profunda que Elias.

ta como tal, lo que lo caracteriza es que pone en juego relaciones entre individuos y grupos, remite a los entramados sociales y a los efectos que tiene sobre éstos su ejercicio.¹² (1988:235; 1992a:275). Asimismo, aclara Foucault, el poder como relación debe distinguirse del poder sobre las cosas (que surge de aptitudes directamente inscritas en el cuerpo o que se transmite mediante instrumentos externos —tecnología—). Esto es una cuestión de capacidad objetiva. También se deben distinguir las relaciones de poder de las de comunicación que transmiten cierta información por medio de un lenguaje. Si bien la comunicación es una manera de influir sobre los otros, y la circulación de elementos de significado puede tener efectos de poder, éstos últimos no son simplemente una derivación de las primeras.¹³ Las relaciones de poder tienen una naturaleza específica pasen o no a través de sistemas de comunicación (1988:236-237).¹⁴ Foucault precisa del siguiente modo la especificidad del poder: sólo existe en acto, aunque se inscribe en un campo de posibilidades dispersas, apoyándose sobre estructuras permanentes. Una relación de poder se articula sobre dos elementos, que le son inherentes para que pueda serlo: que el otro (sobre quien se ejerce) “sea totalmente recono-

¹² A mi modo de ver, en este punto Foucault se aleja tanto de los planteamientos metafísicos del poder como de las teorías contractualistas —que tienen su principal origen en Rousseau (1987)— y se acerca a uno más histórico-genético similar al de Elias.

¹³ Las capacidades objetivas así como las relaciones de comunicación —que junto con las relaciones de poder, son tratadas por Foucault como universales sociales, en forma parecida, como se verá posteriormente, a los que Elias destaca (la producción de bienes, el control de la violencia, los medios de orientación y los mecanismos de autocontrol de los individuos y grupos que integran una sociedad)— al articularse con el poder se tornan también en fuentes de poder.

¹⁴ La coordinación entre los tres tipos anteriores de relaciones no son para Foucault ni uniformes ni constantes. En cualquier sociedad no hay un modo general de equilibrio entre ellas, sino diversas formas, lugares y ocasiones en las que sus interrelaciones se establecen según un modelo específico. No obstante, también hay bloques en los que la puesta en práctica de las capacidades objetivas o técnicas, el juego de las comunicaciones y las relaciones de poder se ajustan entre sí según fórmulas pensadas, constituyendo disciplinas. El seguimiento histórico de la constitución de las disciplinas es de gran interés para Foucault, pues ellas muestran el modo decantado en que pueden articularse los sistemas de capacidades objetivas, los de comunicación y los de poder. Muestran, asimismo, diferentes modelos de articulación, dándoles preeminencia algunas veces a las relaciones de poder y obediencia (como en los monasterios o en las cárceles), a veces a las actividades terminadas (fábricas, talleres), otras a las relaciones de comunicación (como en las escuelas). La introducción de la disciplina a fines del siglo xviii en las sociedades europeas, debe entenderse en el sentido de que cada vez se busca un proceso de ajuste crecientemente controlado —cada vez más racional y económico— entre las actividades productivas, los medios de comunicación y el juego de las relaciones de poder (1992a:258-259; 1988:23-37; 1976:225 y ss).

cido y que se le mantenga hasta el final como un sujeto de acción y que se abra, frente a la relación de poder, todo un campo de respuestas, reacciones, efectos y posibles invenciones” (*ibidem*:238). Así, el poder no es tanto una confrontación entre dos adversarios (la guerra llevada por otros medios) o la vinculación de uno con otro (mediante el contrato o el consenso), como una cuestión de gobierno: en el sentido de “*estructurar el posible campo de acción de los otros*”¹⁵ (cursivas mías). En consecuencia, el poder se ejerce sólo sobre individuos “libres” y en la medida en que son “libres” (las comillas son de Foucault), por lo tanto

[...] no hay una confrontación cara a cara entre el poder y la libertad que sea mutuamente exclusiva (la libertad desaparece ahí donde el poder se ejerce), sino un juego mucho más complicado. En este juego, la libertad puede muy bien aparecer como condición de existencia del poder[...] pero también aparece como aquello que no podrá sino oponerse a un ejercicio del poder que en última instancia tiende a determinarla completamente[...] La relación de poder y la rebeldía de la libertad no pueden, pues, separarse[...] Más que hablar de un “antagonismo” esencial, sería preferible hablar de un “agonismo” —de una relación que es de incitación recíproca y de lucha: no tanto una relación de oposición frente a frente que paraliza a ambos lados, como de provocación permanente (*ibidem*:239-240).

Me extendí en la anterior cita para ilustrar el modo en que Foucault concebía las relaciones entre libertad y poder: ambos son inseparables y se presuponen mutuamente. Hay siempre un juego cambiante entre los dos. Tal juego produce gradaciones y combinaciones múltiples, pero precisar en qué grado predomina uno u otro, como en casi toda la obra de Foucault, no se puede decidir *a priori* sino que es una cuestión empírica. Elias da también una respuesta similar a este problema.¹⁶

¹⁵ De esta forma, agrega Foucault, la violencia y el consenso más que ser modos propios del poder, son instrumentos suyos (1988:239; 992b:137).

¹⁶ Autores como Burkitt (1993:51) creen ver en Foucault una concepción metafísica de la libertad, dado que éste acuña el concepto nietzscheano de agonismo. En la cita anterior encontramos que si bien Foucault utiliza tal concepto para precisar las relaciones entre libertad y poder, ya no tiene, desde mi punto de vista, el mismo sentido que en Nietzsche, pues Foucault lo resignifica al inscribirlo en entramados relacionales evolutivos. De esta manera, no se puede sostener, como hace Burkitt, que mientras el concepto de poder se mantiene en un estatuto ontológico similar al de Elias, en el de libertad se tiene uno metafísico, ya que con la noción de agonismo Foucault se estaría deslizando hacia Nietzsche. Considero más bien que en la medida en que Foucault construye cajas de herramientas para objetivos específicos, resignifica el concepto de agonismo del modo que he indicado, por tanto ya no es la caja de Nietzsche (Savater, 1993:105-115, precisa las diferentes lecturas, todas ellas metafísicas, que se pueden encontrar en el concepto nietzscheano de agonismo). Asimismo, Dreyfus (1995:87)

Por otra parte, la forma en que Foucault sugiere analizar las relaciones de poder es mediante el establecimiento de cinco puntos: 1) el sistema de diferenciaciones (jurídicas, de estatus, tradicionales, étnicas, etc.) que permiten actuar sobre la acción de los otros; 2) el tipo de objetivos perseguidos por aquellos que actúan sobre la acción de los otros (mantener privilegios, ejercer una función u oficio); 3) las modalidades instrumentales —o de recursos— (ejercicio del poder por medio de las armas, los efectos de la palabra, por medio de desigualdades económicas, sistemas de vigilancia y control, etc.); 4) las formas de institucionalización (que pueden mezclar disposiciones tradicionales, estructuras jurídicas, o bien asumir la forma de un dispositivo cerrado, o la de sistemas muy complejos dotados de aparatos como el Estado); 5) los grados de racionalización (nivel de elaboración, transformación, organización y provisión de procedimientos que se ajustan más o menos a una situación) (1988:241-242).

Finalmente, Foucault redondea su tratamiento del poder vinculando las relaciones de éste con las estratégicas. Punto en el que hay otro paralelismo con Elias (con la introducción, como se ha visto, de los modelos de juego en los cuales las estrategias de los jugadores son muy importantes para analizar el poder).¹⁷ Para Foucault toda estrategia de enfren-

nos ha recordado lo que declaró Foucault en la última entrevista que concedió: "Para mí Heidegger fue siempre el filósofo esencial [...] Toda la evolución de mi pensamiento estuvo determinada por mi lectura de Heidegger [...] Tal vez no habría leído a Nietzsche si no hubiera leído primero a Heidegger". Ritzer por su parte aduce que si bien es cierto que "Foucault adopta el interés de Nietzsche por la relación entre el poder y el conocimiento, analiza ese vínculo desde una perspectiva más sociológica que Nietzsche" (1994:423). Precisar este punto me parece importante para destacar el acercamiento o el alejamiento entre Elias y Foucault; que si bien los hay no se dan tanto mediante el concepto de agonismo, como, entre otras cosas, en el compromiso o el distanciamiento con respecto a los entramados que ambos autores estudian.

¹⁷ Foucault señala que la palabra estrategia designa tres cosas. Primero, la elección de los medios empleados para conseguir un fin; implica la racionalidad empleada para alcanzar un objetivo. Segundo, para designar la manera en que un compañero en un juego dado, actúa en función de lo que él piensa que debería ser la acción de los otros, y de lo que estima que los otros pensarán de la suya; es decir, la forma de obtener ventajas sobre el otro. Tercero, designa los procedimientos utilizados en un enfrentamiento con el fin de privar al adversario de sus medios de combate y de obligarlo a renunciar a la lucha; se trata de los medios para obtener la victoria. La estrategia se define, pues, por la elección de opciones ganadoras en un juego, enfrentamiento o guerra. Pero esta última definición sólo es propia de cierto tipo de situaciones particulares, en otras habrá que mantener los diferentes sentidos de la palabra estrategia (quizá aquí Foucault tiene en mente aquellas situaciones donde las reglas de juego no están claras y pueden estar transformando, por ejemplo, en épocas de inestabilidad política o crisis revolucionarias).

tamiento sueña con convertirse en relación de poder, es decir, sueña con vencer. Y toda relación de poder se inclina a convertirse en una estrategia victoriosa, tanto si continúa con su propia línea de desarrollo, como si choca con resistencias frontales (1989:173; 1988:243-244). Asimismo, entre una relación de poder y una estrategia de lucha, hay llamamientos recíprocos, encadenamientos indefinidos y una inversión perpetua. A cada instante también, las relaciones de adversidad dan lugar al establecimiento de mecanismos de poder. Tal inestabilidad permite que estos hechos puedan estudiarse ya sea en su génesis y/o en su funcionamiento.¹⁸ De esta forma, la dominación es una estructura global de poder cuyas ramificaciones y consecuencias pueden encontrarse a veces hasta en la trama más tenue de la sociedad. Pero es, al mismo tiempo, una situación estratégica más o menos adquirida y solidificada en el enfrentamiento de largo alcance histórico entre adversarios. Así, a escala de todo el cuerpo social hay un vínculo entre las relaciones de poder con las estratégicas y sus efectos de incitación recíproca.

No obstante, lo anterior no quiere decir, aclara Foucault, que “exista un principio primario y fundamental de poder que domine a la sociedad hasta en su mínimo detalle;¹⁹ pero tomando como punto de partida la posibilidad de acción sobre la acción de los otros (coextensiva a toda relación social), las múltiples formas de disparidad individual, de objetivos, de instrumentaciones dadas sobre nosotros y a los otros, de institucionalización más o menos sectorial o global, de organización más o menos deliberada, definen distintas formas de poder” (1988:242). Sin embargo, es un hecho innegable que en las sociedades contemporáneas el Estado no es sólo una más de esas formas o lugares —aunque sea el más importante— de ejercicio del poder, sino que de cierta manera to-

¹⁸ Estos aspectos de las relaciones de poder, la inestabilidad y las situaciones estratégicas solidificadas a que dan lugar, es decir las estructuras de poder, también son advertidos por Elias, y su propuesta es justamente investigar los entramados sociales construyendo modelos procesuales y que funcionen. No obstante, el método de Foucault y Elias, como referiré, difieren.

¹⁹ Habermas (1989) y algunos de sus seguidores, como Breuer (1987), no parecen haber reparado lo suficiente en la anterior afirmación de Foucault. Breuer afirma, por ejemplo, que Foucault llegó a la poco cuidadosa conclusión de que una historia y una teoría global son imposibles, pero llega a derivar el funcionamiento de la sociedad de un único principio, el de las relaciones de poder: “El poder, entendido en el sentido nietzscheano como una ‘voluntad de potencia’ vitalística-ontológica, se convierte para él en la clave universal para descubrir todo fenómeno social e intelectual” (1987:7-8); mientras que Habermas señala que Foucault, en su concepto de poder “forzó una fusión de la noción idealista de síntesis trascendental y de los supuestos de una ontología empirista. Tal planteamiento no nos ofrece salida alguna de la filosofía del sujeto” (1989:328-329).

das las otras formas de relación de poder remiten a él. Pero no es porque cada una de ellas derive de él sino porque se ha producido “una estatización continua de las relaciones de poder (si bien no adquirió la misma forma en el orden pedagógico, judicial, económico, familiar)”. Hay pues, una progresiva “gubernamentalización” de las relaciones de poder, en otras palabras, “se elaboraron, racionalizaron, centralizaron bajo la forma o bajo los auspicios de instituciones estatales” (*idem*). Aspecto que quedará más claro al equiparar la forma en que tanto Foucault como Elias, respectivamente, ven el nacimiento de los estados modernos.

3. Las relaciones de poder en el surgimiento de los estados modernos y el proceso de individuación

Considero que si se abunda en la manera en que Foucault y Elias exploran el ascenso del Estado como el lugar de privilegio desde el que se ejerce el poder y la manera en que ello afecta los procesos de individuación que acompañan al nacimiento de las sociedades modernas, es posible encontrar, con respecto al problema del poder, otras convergencias y divergencias entre ambos autores.

Foucault encuentra una paradoja en la evolución de los estados modernos. Desde comienzos del medioevo las prácticas y las instituciones de guerra parecen seguir trayectorias muy claras: por un lado tendieron a concentrarse en manos de un poder central que era el único que tenía el derecho y los medios para hacer la guerra, por ello justamente se van cancelando las relaciones bélicas entre hombre y hombre, entre grupo y grupo, que predominaban en el medioevo, y “hay una especie de proceso evolutivo que las llevó a ser cada vez más un privilegio del Estado”. Por otro, la guerra llega a ser la operación profesional y técnica de un aparato militar racionalmente definido y controlado. “En síntesis: una sociedad enteramente atravesada por relaciones bélicas fue poco a poco sustituida por un Estado dotado de instituciones militares” (1992a:276-277). Asimismo, aparece un discurso que invierte los valores tradicionales de la inteligibilidad —ligados al discernimiento de lo justo y lo bueno— y que apunta a una explicación más racionalista e instrumental:

[...] el dios elíptico y oscuro de las batallas debe iluminar las largas jornadas del orden, del trabajo y de la paz [empieza a] delinarse una racionalidad creciente, la de los cálculos y las estrategias; una racionalidad que, a medida que crece y se desarrolla, se hace cada vez más frágil, más maligna, más ligada a la ilusión, la quimera y la mistificación (1992 a, 278-279).

En otras palabras, se pasa del arte de manejar la espada, al arte de manejar la razón para vencer al adversario.²⁰

Por otra parte, el proceso de centralización del poder estatal, que se refleja entre otras cosas en el monopolio de los medios de hacer la guerra, se articula con el de la individualización, proceso que puede ilustrarse mediante lo que Foucault llama las técnicas disciplinarias y las técnicas no disciplinarias y su conexión con la sociedad normalizada (1989:163; 1986:114).

En efecto, Foucault argumenta que a fines del siglo xvii y durante todo el siglo xviii se despliega una serie de mecanismos, técnicas y tecnologías de poder que aseguran la distribución espacial de los cuerpos individuales (su separación, alineamiento, subdivisión y vigilancia) y la organización alrededor de ellos de todo un campo de visibilidad. De lo que se trataba con todo eso era de un desarrollo de técnicas disciplinarias de racionalización y de economía de un poder que debía aplicarse del modo menos dispendioso posible, para asegurar la disciplina y el autocontrol de los individuos (1992a:250).

A fines del siglo xviii empiezan a originarse también otras técnicas de poder no disciplinarias que a diferencia de las disciplinarias que penetran el cuerpo, se aplican a la vida de los hombres, no al hombre-cuerpo sino al hombre viviente como especie; se trata de un biopoder (*ibidem*:250-251). Estas nuevas técnicas tienen por objeto no al individuo como tal sino a la población (como problema político, científico-político, biológico, o de poder). El biopoder conlleva la instauración de mecanismos de seguridad en torno a lo que haya de aleatorio en las poblaciones de seres vivientes. Así, se actúa por medio de mecanismos globales para obtener Estados con equilibrio y regularidad. “El problema es gestionar la vida, los procesos biológicos del hombre-especie, y asegurar no tanto su disciplina como su regulación” (*ibidem*:254-255).

Hay, pues, dos grandes series de técnicas de poder: la serie cuerpo-organismo-disciplina-instituciones; y la serie población-procesos biológicos-mecanismos reguladores-Estado.²¹ Pero estas dos series no se encuen-

²⁰ En Elias, como se referirá enseguida, también puede observarse tal aspecto cuando afirma que las actuales guerras entre empresas no son sino la continuación, por otros medios, de las competencias bélicas entre los señores feudales.

²¹ Con estas dos hornadas de técnicas de poder, Foucault da cuenta de la forma en que al poder que tenía por modelo la soberanía (el Estado absolutista), al verse incapaz de regir mediante la vieja mecánica de poder el cuerpo económico y político de una sociedad entrada en una fase de explosión demográfica y de industrialización, de tal forma que se le escapaban muchas cosas, por arriba y por abajo, entre los individuos y en el ámbito de la masa, se recupera y se reactualiza a tono con las nuevas transformaciones del entramado social (1992a:258-259).

tran operando aisladamente, sino que se apoyan mutuamente y se articulan por medio de la circulación de normas: “la norma es lo que puede aplicarse tanto al cuerpo que se quiere disciplinar, como a la población que se quiere regularizar”.²² Por ello, Foucault bautiza a la nueva sociedad que se está conformando como sociedad de “normalización”. Se trata de una sociedad “donde se entrecruzan, según una articulación ortogonal, la norma de la disciplina y la norma de la regulación” (1992a:262). En otras palabras, se trata de una sociedad cuyos entramados relacionales se encuentran compenetrados por el poder, a través de ese doble juego, mediante el cual “el poder se apoderó de la vida” (desde lo orgánico a lo biológico, desde el cuerpo a la población), de las tecnologías disciplinarias y de las tecnologías reguladoras.

De esta forma, Foucault ubica en la larga duración histórica —como a su manera también hace Elias— a los mecanismos que se despliegan en el entramado social que conducen a la individuación, al autocontrol y disciplinamiento del hombre-cuerpo²³, y los que llevan a la aparición de un Estado que, además de concentrar el monopolio de los medios y el derecho a hacer la guerra, gradualmente va gubernamentalizando²⁴ las

²² Una buena ampliación de este punto nos la proporciona Macherey (1995:172 y ss).

²³ No obstante, Krieken (1990:357-359) ha señalado que, para Elias, en la Edad Media la principal fuente de control son los límites externos, particularmente el miedo a la violencia que viene desde el exterior, de tal suerte que el sistema de autocontroles en el hombre es muy débil, el super-ego no se fortalece demasiado y cohabita con los impulsos y la espontaneidad de la psique en un relativo equilibrio, que las presiones hacia una mayor racionalización, que se producen en el entramado social a fines del medioevo, terminan alterándose en favor del fortalecimiento del super-yo y la autocoacción. Mientras que para Foucault, más que alteraciones en el balance de los límites externos y de los internos, la explicación del autocontrol se da de otra manera: nos presenta un cuadro en el que hay un cambio desde un tipo de control externo o forma de poder a otro, en el cual no se dibuja tanto el ascenso del super-yo, sino que se destaca la emergencia de un trabajo para confinar conductas y acciones dentro de límites particulares, un control externo que se hace desde el interior de la propia psique, colocando a ésta como el objeto de su propia atención disciplinaria que se busca someter. Por lo cual, a Krieken le parece superior en ese aspecto el planteamiento de Foucault. Con respecto a Elias, Kocka (1994:98) también ha señalado —resumiendo las opiniones de la crítica historiográfica especializada sobre *El proceso de la civilización* (1989)— que Elias ha infravalorado el control interno de origen religioso en el hombre medieval, al mismo tiempo que sobrevalora la tendencia al autocontrol del hombre moderno.

²⁴ Por este concepto Foucault parece haber entendido la apropiación por parte del Estado del “conjunto de instituciones, procedimientos, análisis y reflexiones, cálculos y tácticas que han permitido ejercer esta forma específica de poder que tiene por blanco la población, por forma principal de saber la economía política y por instrumentos técnicos esenciales los dispositivos de seguridad” (1991:25).

relaciones de poder, mediante el despliegue de complejos mecanismos que regulan a la población.

En cuanto a la metodología de que se vale Foucault, una combinación de un enfoque genealógico (que alude a la evolución de los grandes procesos) y otro que puede ser denominado *épocal* (el cual tiene por finalidad evocar el funcionamiento de la sociedad en un determinado momento)²⁵ que en el análisis de la evolución de las técnicas y mecanismos de poder, puede observarse una sensibilidad similar a la de Elias para penetrar e iluminar los entramados sociales. Respecto a su enfoque genealógico, el más fructífero de los dos, Foucault señaló que tenía por objetivo una “oposición a los proyectos de una inscripción de saberes en la jerarquía del poder propia de la ciencia, una especie de tentativa para liberar los saberes históricos del sometimiento, es decir, hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coacción de un discurso teórico, unitario, formal, científico”. En otras palabras, la genealogía se propone la reactivación de saberes locales menores —o memorias— contra la jerarquización científica y sus efectos de poder (1992b:131).²⁶

En lo anterior ya se observa una diferencia sustancial entre Elias y Foucault, mientras el primero, como se mostrará enseguida, se pronuncia por el distanciamiento de los entramados sociales que se toman como objeto de estudio, el segundo es más militante y pretende que su teoría sea una contribución táctica y estratégica para producir modos de subjetivación alternativos.²⁷

²⁵ Donnelly, analizando la forma en que Foucault estudió los fenómenos del poder, particularmente el biopoder, ha llamado la atención sobre el hecho de que hay cierta ambigüedad en el manejo de los argumentos genealógicos y los épicos por parte de Foucault, y que nace desde el mismo momento en que éste solía pasar de una línea de argumentación a otra: “las indagaciones genealógicas son, por su naturaleza, históricamente específicas, localizadas y detalladas. En cuanto al enfoque ‘épocal’, describe los efectos globales de las disciplinas una vez que uno ha postulado, para decirlo con las palabras de Foucault, que ellas programan ‘el funcionamiento básico de una sociedad penetrada por mecanismos disciplinarios’. Entre el surgimiento histórico de las técnicas disciplinarias y los efectos en cadena que ellas producen finalmente en la sociedad, Foucault no establece un nexo convincente [...] de los dos enfoques [...] es el enfoque genealógico de Foucault el que me parece más capaz de abordar el problema que él expuso tan elocuentemente” (1995:197). También véase al respecto Morey (1983:19 y 238-239) y Díaz (1993:79-81).

²⁶ Elias, por su parte, con su invitación al distanciamiento y al uso de los pronombres también está buscando lo no emergente, o más precisamente, lo que las ciencias sociales con sus métodos inadecuados no dejan emerger, la multiplicidad de valores, su despliegue configuracional (articulación y funcionamiento dentro de estructuras de una sociedad) y su génesis procesual.

²⁷ Foucault afirma: “Lo que el intelectual debe hacer es dar instrumentos de análisis, y en la actualidad este es esencialmente el papel del historiador. Se trata de tener

Por otro lado, Elias observa que el monopolio efectivo de la fuerza física y de los impuestos dotan a los gobiernos modernos de un potencial de poder más elevado que a los gobernados, permitiendo así a unos pocos controlar y coaccionar a una mayoría (1994:90). En palabras de Foucault, ello equivale a la gubernamentalización de las relaciones de poder ¿pero, cómo ocurrió tal proceso para Elias?

Dado que Elias considera que la comprensión de las sociedades humanas requiere de la aplicación de modelos teóricos que puedan ser sometidos a prueba, y que ayudan a determinar y comprender la estructura y la dirección de los procesos sociales a largo plazo, ve como un imperativo la construcción de conceptos dinámicos, y algunos de ellos deben precisar los rasgos universales a todas las sociedades; pues, con la ayuda de éstos se pueden elaborar modelos procesuales, los conceptos universales no serían entonces el ideal a que debe tender la investigación, sino un medio auxiliar en la investigación para detectar las funciones básicas en cada sociedad.²⁸

del presente una percepción espesa, amplia, que permita percibir dónde están las líneas de fragilidad, dónde los puntos fuertes a los que se han aferrado los poderes [...] hacer un croquis topográfico y geológico de la batalla [...] Ahí está el papel del intelectual" (1992b:109).

²⁸ Marx, considera Elias, fue uno de los primeros en identificar uno de esos universales: la necesidad de provisión de alimentos y de otros recursos básicos, indispensables para todos los grupos humanos. Un segundo rasgo básico o función para la sobrevivencia de cualquier sociedad es la gestión del conflicto en sus dos dimensiones: el control de la violencia en el interior de un grupo y en relación con otros grupos. En ambos momentos, el de las funciones económicas como en el de control de la violencia se deben distinguir diferentes fases: aquellas en las que las mismas personas desempeñan ambas funciones, de otras en las que las funciones económicas y las de gestión del conflicto están separadas y las desempeñan diferentes personas especializadas (1994:202-203). Asimismo, argumenta Elias, la necesidad humana de conocimiento es tan elemental como las otras dos funciones. Por ello, la apropiación de los medios de orientación, y de los destinados a satisfacer las exigencias humanas de conocimiento, pueden también en consecuencia servir de base a desigualdades de poder cuando son monopolizados (por ejemplo, por parte de los sacerdotes, magos, el Estado). Una cuarta función elemental es que los seres humanos adquieran pautas de autocontrol indispensables para la vida social mediante el aprendizaje a través de su relación con los demás. Pues a diferencia de otros organismos sociales que poseen autocontroles innatos, que permiten vivir en grupos sin destruirse a sí mismos o a otros, los hombres no nacen con mecanismos de autocontrol indispensables para la vida social. Por tanto, "el aprendizaje individual de las normas sociales de autocontrol, o de un proceso civilizador, constituye también una de las funciones universales elementales de supervivencia que se encuentran en cualquier grupo humano [...]" (Además) la presión del grupo para ejercer el autocontrol, al igual que las otras funciones elementales [...] puede también ser monopolizada y utilizada como una fuente de poder y posición diferencial y por tanto, como un medio de dominación y de explotación" (*ibidem*:208). Tal función civilizadora fue

Elias no pretende que las cuatro funciones, que identifica como universales (la producción de bienes, el control de la violencia, los medios de orientación y los mecanismos de autocontrol de los individuos y grupos que integran una sociedad) sean las únicas, pero sí que son lo suficientemente importantes como para elaborar modelos procesuales que permitan enfrentar el carácter polimorfo de los problemas del poder.

En la medida en que ninguno de los cuatro universales tiene primacía ontológica sobre los otros —el problema de determinar cuál de ellos tenga un peso mayor en un determinado momento y lugar, es siempre una cuestión a dilucidar empírica, relacional y estructuralmente—, la forma en que han evolucionado y entrelazado ha dado lugar a diferentes jerarquías de poder entre los grupos e individuos encargados de desempeñar tales funciones.²⁹

De este modo, el punto de partida desde el cual Elias investiga el despliegue de los estados modernos y su relación con el proceso civilizatorio, el cuarto universal eliasiano (su equivalente en la obra de Foucault es la relación entre tecnologías disciplinarias y no disciplinarias en la gubernamentalización de las relaciones de poder), es una configuración constituida por una gran cantidad de pequeñas unidades sociales (los señoríos feudales) que se encuentran en libre competencia. Muestra cómo el cambio de la composición social se explica en parte por una dinámica endógena, por la tendencia a la construcción de un monopolio con las unidades en libre competencia, que conlleva a que una sola posición social predomine, la del rey, a tal grado que ya ninguna otra pueda competir con él. Finalmente, en la investigación que lleva a cabo Elias en *El proceso de la civilización* (1989:45) explica cómo cambian las estructuras de personalidad de los seres humanos en el curso de tal transformación de las composiciones.

En efecto, Elias encuentra dentro del horizonte de una economía natural —dependiente de la explotación de la tierra—, con su multiplicidad de señoríos de diverso tamaño, cómo van surgiendo en Francia, al

desempeñada, por ejemplo, por las cortes reales durante la época del Estado absolutista.

²⁹ En las sociedades-Estado contemporáneas, los sacerdotes y los militares continúan ocupando elevados puestos en la jerarquía de poder y de prestigio, pero a diferencia de otras épocas, la necesidad social de sus servicios ha descendido. “En muchos casos, las fuerzas económicas y los partidos se han situado por encima de ellos en dicha jerarquía. Las instituciones científicas, en tanto que especialistas de la producción y transmisión del conocimiento básico [...] han pasado a desempeñar funciones que anteriormente desempeñaban los sacerdotes [...] En la estructura de equilibrio de poder, sin embargo, los recursos de poder de las instituciones científicas son relativamente limitados” (*ibidem*:229-230).

iniciar el siglo XI, y sobre todo en el XII, dos formas nuevas de asentamientos o integración que marcan el ritmo de crecimiento de la división del trabajo y de la interdependencia de los seres humanos: las cortes de los grandes señores feudales y los centros urbanos. A pesar de que los individuos que las componen se ven con desconfianza, en razón de su génesis social, se encuentran en estrecha relación (1989:318).

No obstante, a pesar del crecimiento que venían experimentando las ciudades, los grandes señores feudales eran los hombres más ricos y poderosos de su región. Por ello, las grandes cortes de éstos últimos tienen en esa época una importancia cultural más grande que las ciudades. En el marco de las luchas que libra entre sí la nobleza, tales cortes se convierten en los principales centros de poder y riqueza de sus respectivas regiones (*ibidem*:319). En el interior de ellas se constituye también “una convención sólida de los modales sociales, cierta moderación de los afectos y una regulación de las formas de trato, lo cual recibe el nombre de *courtoisie*”. El resto de las clases sociales que se encuentran por abajo de la alta nobleza se sienten coaccionadas para imitar las nuevas reglas de cortesía y urbanidad (*ibidem*:328). A partir de ese momento, Elias localiza el despliegue de un proceso civilizatorio moderno que, atravesando diferentes fases, conlleva a un mayor autocontrol de la conducta de los propios individuos. Así, la formación del monopolio legítimo de la violencia y de los impuestos es un proceso paralelo al de la individuación.

Elias reconstruye el modo en que de la libre competencia entre los señores feudales³⁰ se llega al predominio de uno de ellos en situación de monopolio legítimo de la violencia y de los impuestos: el rey —el cual logra predominar en gran parte gracias al apoyo, sobre todo monetario, que le brindan las ciudades—, lo que se traduce en la conformación de los Estados absolutistas. Todos los posibles competidores del nuevo se-

³⁰ De hecho Elias ve un paralelismo entre las luchas de los señores feudales y las de las grandes empresas y estados modernos. “El mecanismo de consecución del predominio es siempre el mismo. De modo análogo —gracias a la acumulación de la propiedad— en la Edad Contemporánea, ciertas empresas superan a las demás por medio de la competencia y luchan luego entre ellas, hasta que, por último, una o dos acaban controlando y dominando de modo monopólico una rama de la economía. También de modo análogo —por acumulación de la tierra y por lo tanto mediante el aumento del poderío militar y económico— en la Edad Contemporánea luchan los estados por conseguir el predominio sobre una parte del planeta”. Asimismo, en la época feudal, una vez asegurado el predominio de una familia de guerreros sobre una región, “se impone la lucha por la hegemonía en una zona más amplia [...] Tal es la tarea que se asignan los descendientes de Luis VI, las generaciones siguientes de la casa de los Capetos” (1989:337).

ñor monopolista quedan reducidos a una situación de dependencia institucional. El sector reticente de la nobleza ya no lucha de modo libre, sino en una situación de dependencia monopolista compitiendo por las oportunidades que reparte el rey. La corte —la del rey— es la forma de organización de esa lucha de competencia limitada (*ibidem*:425). Los modales y reglas de conducta y autocontrol que la corte real exige, se extienden hacia abajo marcando al resto de los individuos que conforman las diversas clases sociales, incluyendo al pueblo llano.

De esta manera, de una sociedad marcada por las relaciones bélicas entre las unidades que la conformaban, con el monopolio de la violencia y de los impuestos, se pasa a una situación en la que el aparato de control y de vigilancia en la sociedad se corresponde con el aparato de control que se constituye en el espíritu del individuo:

El segundo, al igual que el primero, trata de someter a una regulación estricta la totalidad del comportamiento y el conjunto de las pasiones. Los dos —el uno en buena parte por intermedio del otro— ejercen una presión continua y regular para conseguir la represión de las manifestaciones afectivas y tratan de paliar las oscilaciones extremas en el comportamiento y en las manifestaciones afectivas [...] el individuo se ve ahora obligado a reformar toda su estructura espiritual en el sentido de una regulación continuada e igual de su vida instintiva y de su comportamiento en todos los aspectos (*ibidem*:458).³¹

Así, lo que sucedía en el campo de batalla se traslada al interior del hombre. Éste tiene que resolver dentro de sí mismo una parte de las tensiones y de las pasiones que antiguamente se resolvían directamente en la lucha entre individuos. Ahora, debido a las transformaciones del entramado social, que lo colocan en una mayor interdependencia funcional, está más vinculado que antes a una cantidad mayor de personas,

³¹ Situación que contrasta con el tipo de individuo que predominaba en el medioevo (y, según Elias, en toda sociedad sin una administración monopolizada de la violencia física): “El aparato psíquico de autocontrol, el super-yo, la conciencia, o como se le quiera llamar, en esta sociedad guerrera depende directamente de los actos de violencia física y su configuración es coherente con este tipo de vida y sus contrastes mayores y alteraciones repentinas. En comparación con el de sociedades más pacificadas, este aparato de autoacción es difuso, inestable y con numerosas grietas que permiten descargas repentinas emocionales. Los temores que aseguran el comportamiento socialmente ‘correcto’ no han sido transferidos de la conciencia del individuo a la llamada ‘interioridad’. El peligro principal no es aún el fracaso de la autorregulación, la reducción de los autocontroles, sino que es la amenaza física e inmediata del exterior y, de igual manera, el temor que consolida las costumbres, toma claramente la forma de un miedo inducido del exterior” (*ibidem*:457).

y en lo relativo a su comportamiento, está más limitado que antes en la oportunidad de satisfacer directamente sus inclinaciones e impulsos (*ibidem*:459).³²

El desarrollo que han alcanzado las nuevas formaciones sociales en Occidente, conlleva tanto a la aparición de un órgano central de coordinación, aparatos estatales que monopolizan los medios de hacer la guerra, de la recaudación de impuestos,³³ como el autocontrol de los individuos mediante un proceso civilizador.

En lo anterior se aprecia la confluencia de mecanismos sociales de regulación de la conducta entre los hombres con los que tienen por objeto el autocontrol de cada individuo. Para decirlo al modo de Foucault, los primeros apuntan a la población, los segundos al cuerpo individual.³⁴

³² Comparando el concepto de disciplina de Weber, Foucault y Elias, así como las formas en que cada uno explica el proceso de individuación, Krieken (1990:363-366) llega a la conclusión de que Elias le da demasiado peso a los cambios que se producen en la figuración social, descuidando el papel de los actores en la construcción del proceso civilizador, mientras que Weber y Foucault les otorgan mayor importancia (rescatando el papel que inquisidores, Estado, Iglesia, abogados y burgueses tuvieron en el lanzamiento de una “ofensiva civilizatoria”). Sin embargo, en mi opinión, si bien Elias dedica más atención a la exploración de los grandes transformaciones que devienen en el proceso civilizador, produciéndose una mayor autocoacción de los individuos y el monopolio de la violencia y de los impuestos en un órgano centralizado, y estos resultados le parecen que no han sido planeados por nadie; también es muy consciente de que los actores siempre tienen un margen de maniobra y de que nunca pierden totalmente su libertad para decidir el curso de su acción dentro de un rango de opciones y limitaciones que deben buscarse en el entramado social (*ibidem*:31). De hecho, como se ha expuesto en el presente ensayo, en la misma definición de las relaciones de poder, Elias recupera también la libertad del actor. Así, si bien Elias admite que “los desarrollos sociales, vistos a largo plazo, se mueven ciegamente, sin dirección alguna —tan ciegamente y faltos de dirección como un juego—, la tarea consiste en explicarlos [...] y a través de ello, posibilitar a los hombres la orientación en los entramados *producidos por sus propias acciones* [...] y en posibilitar asimismo un mejor control de tales procesos” (1982a:186, cursivas más). Y en otra parte, refiriéndose al proceso de monopolización de la violencia en las sociedades modernas afirma que este es: “una invención técnica de los hombres. Y es que en el mundo social existen inventos igual que en el mundo científico-técnico, aunque su desarrollo se lleve a cabo sin planeación previa. Y de esta misma manera poco a poco, es como se ha desarrollado esta monopolización de la violencia a lo largo de los siglos, hasta llegar a la situación actual” (1994b:142).

³³ “[...] cuanto más se diferencian en una sociedad los procesos laborales y el conjunto de funciones, cuanto más largas y complicadas sean las cadenas de las acciones individuales que están en interrelación con el fin de que las acciones individuales alcancen sus objetivos sociales, tanto más claramente aparece un rasgo distintivo del órgano central: el carácter de órgano supremo de coordinación y regulación para el conjunto del proceso de división de funciones” (Elias, 1989:394).

³⁴ No obstante, desde mi punto de vista, Elias —a diferencia de Foucault— destaca más la forma en que se pasa de una configuración caracterizada por la aglomeración

¿Pero si bien hay esta convergencia entre ambos autores en dónde se separan? En mi opinión, difieren en el lugar en el que localizan las fuentes originarias de las nuevas prácticas civilizatorias o disciplinarias. Mientras Foucault las encuentra abajo —en las comunidades metodistas en el caso de Inglaterra, y en las cartas del pueblo al rey de Francia—³⁵ Elias las localiza arriba, en las nuevas reglas de cortesía y urbanidad que se constituyen en la corte.

Asimismo, Elias —a diferencia de Foucault— se muestra más optimista sobre la posibilidad de alcanzar un estadio del proceso civilizatorio en el que se dulcifiquen las tensiones sociales entre los seres humanos, así como las contradicciones en el interior de cada individuo:

Solamente entonces podremos asegurar que, en vez de ser una excepción, es una regla el hecho de que el ser humano encuentra ese equilibrio de su espíritu que solemos definir, con grandes palabras, como “felicidad” y “libertad”; un equilibrio duradero o, más bien, la congruencia entre su quehacer social, entre las exigencias de su existencia social de un lado, y sus inclinaciones y necesidades personales del otro. Únicamente cuando la estructura de las interrelaciones humanas tenga ese carácter, cuando la colaboración entre los hombres, fundamento de la existencia de cada individuo, funcione de tal modo que todos los que trabajan en la larga cadena de tareas comunes puedan alcanzar aquel equilibrio, los hombres podrán decir de sí mismos que son civilizados. Mientras no llegue ese momento se encuentran en el proceso civilizatorio, obligados a seguir diciendo: “La civilización no se ha terminado. Constituye un proceso” (*ibidem*:532).

de feudos “autosuficientes”, a una con mayor dependencia funcional entre los individuos y grupos, así como a las transformaciones en el equilibrio de poder entre ellos. Todo esto tuvo como correlato un individuo más autocontrolado y racional que pasional. Pero Elias no abunda en la forma en que se dan los fenómenos de resistencia en diferentes ámbitos de la vida del sujeto durante el proceso de creciente racionalización que trajo consigo el proceso civilizatorio. Tanto su interés en la búsqueda de un modelo procesual configuracional y funcional de largo plazo como su concepción del poder, que acentúa, como se ha señalado, los aspectos de interdependencia, de gradación y de equilibrios cambiantes de las relaciones de poder, quizá no le permitieron reparar en lo que está en el centro del interés de Foucault en el poder: las resistencias y las estrategias de gobierno entre los actores comprendidos en dichas relaciones de poder.

³⁵ Resumiendo, el modo en que las prácticas de las comunidades metodistas de Inglaterra y las cartas del pueblo al rey de Francia fueron gradualmente estatizadas (o gubernamentalizadas) en cada uno de estos países, Foucault señala: “En consecuencia, puede decirse que la nueva distribución espacial y social de la riqueza industrial y agrícola hizo necesarios nuevos controles sociales a finales del siglo XVIII. [...] Los nuevos sistemas de control social establecidos por el poder con la clase industrial y propietaria, se extrajeron de los controles de origen popular o semipopular y se organizaron en una versión autoritaria y estatal” (1986:114).

No obstante, a pesar de esta apuesta valorativa de Elias porque la humanidad pueda alcanzar un estadio superior del proceso civilizatorio, nunca dejó de empeñarse en mantener el mayor distanciamiento posible de los entramados sociales que estudiaba, como un actor no implicado, pues sólo así, creía, la sociología podría convertirse en una ciencia madura. En cambio, Foucault, además de ser más pesimista sobre las posibilidades de construir formas de subjetividad que transformarán radicalmente a las sociedades modernas,³⁶ se pronunció, como ya se dijo, por una actitud más militante combatiendo las formas de coacción que las sociedades normalizadas producen.³⁷

4. Conclusiones

A pesar de que Foucault y Elias tienen una concepción relacional e histórico-genética del poder, destacan dimensiones distintas del mismo. Foucault, al tomar como punto de partida el análisis de las formas de resistencia contra los diferentes tipos de poder a través del enfrentamiento de las estrategias, llega a la conclusión que el poder es ante todo una relación de gobierno entre dos o más actores, por tanto, el poder aparece como el arte de A para conducir o estructurar el campo de acción de B, manteniendo éste último un margen de opciones para oponer una contraofensiva hacia el primero.

A su vez, Elias, partiendo de que la idea esencial es analizar los cambiantes equilibrios y los grados de poder que se producen entre los actores involucrados, mismos que sólo se pueden dilucidar comprendiendo el funcionamiento y la evolución de las configuraciones socia-

³⁶ Autores como Berman (1989:25), Krieken (1990:355), Ritzer (1994:422-431), entre otros, afirman que Foucault vislumbró a la sociedad moderna como una "jaula de hierro" con barrotes todavía más finos que la imaginada por Weber.

³⁷ En la fase final de su vida, Foucault, reaccionando contra el sueño de Rousseau (una república virtuosa que se organizaría gracias al ejercicio irrestricto de la soberanía), se interesó cada vez más en el liberalismo, particularmente en uno de sus aspectos: la libertad puramente negativa que predica la exigencia de "no ser gobernado"; de esa forma, creía Foucault, que mientras menos disciplina y biopoder se imponga desde arriba, más amplio sería el territorio que quede a disposición del individuo. Paralelamente, a Foucault le fascinaba el pensamiento helenístico y romano, particularmente la ética estoica, en la que consideraba que no había huellas de normalización alguna y que posibilitaba, a la vez, el aspecto positivo de la voluntad de no ser gobernado: una "estética de la existencia". Si se alcanzaba este último objetivo, afirmaba, se podría "dejar a otros la memoria de una existencia hermosa. No creo que podamos decir que esta clase de ética fuera un intento de normalizar a la población" (citado en Miller, 1995:420 y 465; véase también Pizzorno, 1995:200-205; Díaz, 1993:79-81).

les, caracteriza al poder como una relación de mutua dependencia entre al menos dos actores (ya sean individuos y/o grupos). La interdependencia de las partes se da de acuerdo a los recursos o funciones que ambos tienen y está sujeta a permanentes regateos y conflictos.

De este modo, aunque ninguno de los dos autores tiene por objeto diseñar una teoría del poder, sí se esforzaron por demostrar que las relaciones de poder son un aspecto ineludible en la comprensión de los fenómenos sociales. Asimismo, los dos elaboraron algunas herramientas para hacer al poder accesible a la investigación teórica y empírica. Empero, a pesar de las muchas convergencias entre ambos autores, sus planteamientos sobre el poder son dos ventanas diferentes para observarlo: Foucault se muestra más sensible para capturar las dimensiones de la resistencia y las estrategias de que se valen los sujetos, así como el modo en que ello se articula con estructuras solidificadas de poder (como la dominación, el Estado); en cambio, Elias observa con mayor agudeza las cuotas y equilibrios de poder, siempre cambiantes, que se producen entre los individuos, grupos o clases que integran una configuración social. No pretendo argumentar que Elias no vea las resistencias y las estrategias de los actores, de hecho, su invitación al uso de modelos de juego para analizar el poder las incorpora; asimismo, a Foucault tampoco se le escapa el hecho de que se producen gradaciones y equilibrios de poder en el entramado social, sus análisis sobre la formación del Estado moderno, las disputas entre la nobleza y la burguesía europeas, son muestra de ello. No obstante, tanto sus diferentes puntos de partida, los métodos que emplean, así como las dimensiones que marcan en sus respectivas definiciones, influyen en las rutas que siguen sus investigaciones sobre los problemas del poder.

De aquí que, por ejemplo, quizá encuentren los orígenes de la individuación y racionalización de las sociedades occidentales en ámbitos diferentes: Foucault las localiza emergiendo desde abajo hacia arriba, donde son retomadas por la monarquía francesa e inglesa, para descender con mayor fuerza hacia todo el entramado social; mientras que Elias las localiza en el proceso de domesticación de la nobleza y la formación de las grandes cortes señoriales, para de ahí ser dirigidas hacia abajo, al resto de la configuración social. Sin embargo, en la medida en que ambos autores, como se ha intentado demostrar en este ensayo, son conscientes del carácter polimórfico y multidimensional de los hechos sociales —incluyendo, desde luego, el problema del poder— no construyen procesos unidireccionales o monocausales; se puede afirmar que si bien sus argumentaciones no son excluyentes, sí ponen el acento en dimensiones distintas. De esa manera, considero que sus respectivas construcciones teóricas no fueron diseñadas para enfrentarse a los mismos problemas:

Foucault nunca ocultó que el objeto central de sus investigaciones eran los modos de objetivación del sujeto, y que fue en ese marco que se encontró con las relaciones de poder. En cambio, Elias se ha trazado como tarea principal dilucidar las formas culturales que adoptó el proceso civilizatorio en las sociedades occidentales, así como la construcción de una sociología más madura que rompa con las rígidas dicotomías (individuo-sociedad, actor-sistema) que dificultan su comprensión de los fenómenos sociales; trabajando en esa dirección advirtió que el problema del poder es ineludible para la explicación de los fenómenos sociales.

Igualmente, las diferencias en sus programas de investigación explican las diferentes cualidades que cada uno atribuye a las relaciones entre poder y libertad. Así como Foucault es consciente de que en el entramado social se dan equilibrios cambiantes de poder entre grupos e individuos, pero no abunda como Elias en esos aspectos. Asimismo, Elias explica que hablar del poder es hacer referencia a la libertad, pues ambos se presuponen mutuamente, ya que si los individuos o grupos comprendidos en una relación de poder no dispusieran de un margen de libertad, no se podría cuestionar el poder del otro, por tanto, las relaciones de poder no serían dinámicas y no se producirían los constantes cambios en los equilibrios de poder. Foucault, al definir al poder, inmediatamente aclara que hay una constante incitación, agonismo, entre ambos, y es justamente la libertad que en un determinado momento tiene un actor, lo que le permite un abanico de opciones de resistencia ante el poder. En cambio, Elias no trata a la libertad ni a las relaciones de resistencia con la profundidad con que lo hace Foucault.

Ambos autores ofrecen dos miradas del poder, sus formulaciones teóricas constituyen dos ventanas —con sus respectivas cajas de herramientas— en las que se privilegian aspectos diferentes del mismo.

Finalmente, mientras Foucault mantiene una postura militante contra los modos de subjetivación predominantes en las sociedades normalizadas, y su teoría pretende ser una aportación estratégica para romper con ellos, Elias se esfuerza por distanciarse de los entramados sociales que estudia, así como de las ideologías y valores involucrados en los mismos.

Recibido y revisado en julio de 1997

Correspondencia: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco/
Departamento de Política y Cultura/Calzada del Hueso 1100/Col. Villa Quietud/C. P. 04960/México, D. F./fax 594 91 00

Bibliografía

- Berman, Marshall (1989), *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI.
- Burkitt, Ian (1993), "Overcoming Metaphysics. Elias and Foucault on Power and Freedom", *Philosophy of the Social Sciences*, vol. 23, núm. 1, marzo, pp. 50-72.
- Breuer, Stefan (1987), "Oltre Foucault: verso una teoria della società disciplinare", *Rassegna Italiana di Sociologia*, núm. 4, octubre-diciembre.
- Díaz, Esther (1993), *Michel Foucault. Los modos de subjetivación*, Buenos Aires, Almagesto.
- Donnelly, Michael (1995), "Sobre los diversos usos de la noción de biopoder", en E. Balbier *et al.*, *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa.
- Dreyfus, Hubert L. (1995), "Sobre el ordenamiento de las cosas. El ser y el poder en Heidegger y en Foucault", en E. Balbier *et al.*, *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa.
- Elias, Norbert (1995), *Mi trayectoria intelectual*, Barcelona, Península.
- (1994), *Conocimiento y poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1994b), "Civilización y violencia", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, enero-marzo, pp. 141-152.
- (1990), *La sociedad de los individuos*, Barcelona, Península.
- (1989), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE.
- y Eric Dunning (1986), *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, FCE.
- Elias, Norbert (1982a), *Sociología fundamental*, México, FCE.
- (1982b), *La sociedad cortesana*, México, FCE.
- Foucault, Michel (1992a), *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta.
- (1992b), *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta.
- (1991), *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*, México, Siglo XXI.
- (1989), "Omnes at singulatim: hacia una crítica de la razón política", en Abraham Tomás, *Los senderos de Foucault*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- (1988), "El sujeto y el poder", en Hubert L. Dreyfus y Paul Rabinow, *Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, México, UNAM.
- (1986), *La verdad y las formas jurídicas*, México, Gedisa.
- (1985), "Cómo se ejerce el poder", *Siempre*, 13 de marzo.
- (1984), "Si no hubiese resistencia no habría relaciones de poder", *Siempre*, núm. 1172, 18 de julio.
- (1983), *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets.
- (1976), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI.
- Habermas, Jürgen (1995), *El discurso filosófico de la modernidad*, Buenos Aires, Taurus.

- Krieken, Van Robert (1990), "The Organisation of the Soul: Elias and Foucault on Discipline and the Self" *Archives Europeennes de Sociologie*, vol. 31, núm. 2, pp. 353-371.
- Kocka, Jürgen (1994), "Norbert Elias desde el punto de vista de un historiador", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 65, enero-marzo, pp. 93-102.
- Lukes, Steven (1975), *Power. A Radical View*, Londres, MacMillan Press.
- Macherey, Pierre (1995), "Sobre una historia natural de las normas", en E. Balbier et al., *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa.
- Miller, James (1995), *La pasión de Michel Foucault*, Santiago de Chile, Andrés Bello.
- Mincho, Nelson (1986), "Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología en el estudio de las estructuras de poder", en Manuel Villa (ed.), *Poder y dominación. Perspectivas antropológicas*, Caracas, URSHSLAC-El Colegio de México.
- _____ (1997), *A modo de silabario. Para leer a Michel Foucault*, México, El Colegio de México.
- Morey, Miguel (1983), *Lectura de Foucault*, Madrid, Taurus.
- Newton, Tim (1996), "Resocialising the Subject? A Re-Reading of Grey's 'Carrer as a Project of the Self...'", *Sociology*, vol. 30, núm. 1, febrero, pp. 137-144.
- Parsons, Talcott (1963a), *Ensayos de teoría sociológica*, Buenos Aires, Paidós.
- _____ (1963b), *La estructura de la acción social*, Madrid, Guadarrama.
- Pizzorno, Alessandro (1995), "Foucault y la concepción liberal del individuo", en E. Balbier et al., *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa.
- Ritzer, George (1994), *Teoría sociológica contemporánea*, México, McGraw-Hill.
- Rousseau, Jean-Jacques (1987), *El contrato social*, México, Porrúa.
- Savater, Fernando (1993), *Nietzsche*, México, UNAM-Facultad de Filosofía y Letras.
- Tarcus, Horacio (comp.). (1993), *Disparen sobre Foucault*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.